

# La Ilustración Artística

AÑO XXXI

BARCELONA 11 DE MARZO DE 1912

NÚM. 1.576

OBRAS NOTABLES DE LA PINTURA CONTEMPORÁNEA



EN EL TALLER, cuadro de Guillermo Trübner  
que se conserva en la nueva Real Pinacoteca de Munich

## ADVERTENCIA

Próximamente repartiremos a los señores subscriptores a la BIBLIOTECA UNIVERSAL ILUSTRADA el primer tomo de la serie correspondiente al presente año, que será la preciosa novela de Jorge Sand

## FRANCISCO EL EXPÓSITO

una de las más admirables de la celebrada escritora francesa, obra maestra de sentimiento y de imaginación, libro tan hermoso por su argumento como por su estilo.

Constituyen la ilustración de FRANCISCO EL EXPÓSITO treinta y una magníficas composiciones de A. Robaudi, grabadas al buril y al aguafuerte por Enrique Manesse, que figuran en la espléndida edición de la obra publicada en París y que cuesta 300 francos el ejemplar.

## SUMARIO

**Texto.**—*Revista hispanoamericana*, por R. Beltrán Rózpide. — *La copla*, por A. Escamilla Rodríguez. — *El Museo Pedagógico Experimental*. — *Guerra italo turca*. — *Barcelona*. — *El perro detective*. — *La romería de San Medin*. — *Luxemburgo*. — *Entierro del gran duque*. — *Matrimonio secreto* (novela ilustrada; continuación). — *Suiza*. — *Nuevo ferrocarril de la Turgovia central*. — *El túnel de la Jungfrau*. — *Monte Carlo*. — *Un match de boxe sensacional*. — *Estados Unidos*. — *Un ferrocarril en medio del mar*.

**Grabados.**—*En el taller*, cuadro de Guillermo Trübner. — Dibujo de Tamburini que ilustra el cuento *La copla*. — *Monumento a Campoamor*, boceto de L. Coullaut Valera. — *Barcelona*. — *Museo Pedagógico Experimental*. — *Escena callejera parisiense*. — *Guerra italo turca*. — *Felicidad maternal*, reproducción del cuadro de Augusto Roth. — *Barcelona*. — *El perro detective*. — *La romería de San Medin*. — *Luxemburgo*. — *Entierro del gran duque*. — *Suiza*. — *Ferrocarril de la Turgovia central*. — *El túnel de la Jungfrau*. — *Monte Carlo*. — *Match de boxe Carpentier Sullivan*. — *Final del match*. — *Estados Unidos*. — *Un ferrocarril en medio del mar*.

## REVISTA HISPANOAMERICANA

*República Argentina*: desarrollo y progreso de las actividades económicas del país. — *Ecuador*: la matanza de generales y políticos. — *Bolivia*: las fuerzas productoras y las vías de comunicación: el matrimonio civil. — *Panamá*: los consejos y excitaciones del presidente de la República. — *Nicaragua*: los empréstitos, los banqueros de Nueva York y el gobierno de los Estados Unidos. — *La Literatura y el Periodismo en la América del Sur*: «La Prensa», de Buenos Aires.

La campaña agrícola ganadera de 1911-1912 parece ser la mejor de todas las que ha habido en la República Argentina. Como dice «La Prensa» de Buenos Aires, en sus resúmenes sobre la actividad económica nacional, las cosechas de este año marcarán en su valor total cifras mucho más elevadas que las de cualquiera de los años del último quinquenio.

Todas las manifestaciones de la vida material de la República acusan notable progreso. Los ferrocarriles han acrecentado su tráfico, beneficiándose más que en años anteriores con el producto de su explotación; sobre zonas riquísimas y en grandes extensiones se han construido nuevas vías férreas. Las Compañías han obtenido más y más concesiones, y aumenta considerablemente el enorme capital dedicado a la construcción y explotación de los ferrocarriles. En las rentas aduaneras hay creciente aumento, no disminuye la existencia de oro en la Caja de Conversión y los establecimientos bancarios han movido decenas de millones de pesos más que en 1910. El movimiento de buques de Ultramar, de carga y pasajeros, ha sido mayor, el tráfico fluvial ha recibido poderoso impulso, y la inmigración, a pesar de las dificultades que privaron al país de millares de brazos italianos, ha alcanzado cifras muy satisfactorias.

Hay que dar, sin embargo, una nota menos halagüeña para la República: el comercio exterior ha disminuído. Pero la diferencia con 1910 es escasa y, por otra parte, el valor total de dicho comercio en 1911 supera al de todos los años anteriores a 1910.

Conviene también tener en cuenta que la República Argentina, a pesar del gran desarrollo que en ella alcanzan la agricultura y la ganadería, está aún en los comienzos de su poderío económico. La misma riqueza agrícola y ganadera es susceptible todavía de enormes aprovechamientos, y hay campo vastísimo para otras muchas industrias, entre ellas la minera, que para nacer y prosperar sólo esperan brazos y capitales.

Hay que señalar, por último, una circunstancia digna de llamar la atención. La agricultura y la ganadería son la base o punto de partida del engrandecimiento y la prosperidad de la Argentina, y, no obstante, allí la población rural carece de influencia porque no hace sentir su voluntad en la vida colec-

tiva de la nación. Acaso sea esto una de las causas de la antitesis entre lo político y lo económico que señalaba el Sr. Figueroa Alcorta.

\* \*

Al asesinato del general Montero, en Guayaquil, siguieron en Quito los de Eloy Alfaro y otros generales, coroneles, etc., parientes y partidarios de éste. Quedó triunfante Leónidas Plaza, a quien apoyaba el general Andrade.

No es fácil precisar la diferencia en bandera ó programa político que separaba a placistas y alfaristas. Era Alfaro el jefe del radicalismo ecuatoriano y era Plaza otro radical de tal empuje que se despidió de la presidencia de la República en 1904 recomendando al Congreso la plena secularización de la enseñanza, la libertad de testar, la emancipación de la mujer, la ampliación de los motivos de divorcio hasta la sola manifestación de los cónyuges, ante autoridad competente, de que estaban de acuerdo para romper los lazos matrimoniales, y, por último, la derogación de todas las leyes que pudieran coartar o dificultar la libertad de expresar el pensamiento.

Pero ahora los adictos al bando de Alfaro nos vienen diciendo que Plaza es un apóstata y que se ha pasado al bando conservador. Llega a España el eco de los odios que hay entre aquellas gentes y a la prensa española acuden los unos para justificar ó excusar, por lo menos, los crímenes de la chusma, de aquel pueblo que «conocedor de los males ocasionados en sus vidas y haciendas por los alfaristas, se desborda y atropella a los guardias de las cárceles, y hace justicia por su propia mano en las personas de los presos;» los otros, para pintarnos con los más negros colores la situación del país, entregado a los reaccionarios de Plaza y de Andrade, a la canalla intolerante y cruel, al pueblo envilecido por el fanatismo y la pasión política, que degüella, despedaza o quema vivos a más de cien radicales, a ciencia y paciencia de los gobernantes.

En suma, trátese de conflicto entre radicales y conservadores, o entre radicales todos, que se desavienen por la conquista del poder, el hecho es que las masas populares de Guayaquil y de Quito han decidido la cuestión dando muerte al viejo caudillo radical y a los más caracterizados alfaristas.

Malos días para la República del Ecuador han sido, pues, los primeros del año 1912.

\* \*

En Bolivia, aparte los motines y los choques entre bolivianos y peruanos que de vez en cuando suscita la cuestión de fronteras, hay paz y sus gobernantes pueden atender al cuidado y desarrollo de las fuerzas productoras del país.

Tiene esta República muchas y muy ricas minas y bosques y campos susceptibles de grandes y fructuosas explotaciones forestales y agrícolas. Pero es nación enclavada en el interior de la América Meridional y necesita buenos caminos, vías férreas y vías fluviales que la pongan en comunicación fácil y frecuente con los puertos del Atlántico y del Pacífico. Esta es la aspiración predilecta del gobierno de Bolivia, ahora empeñado sobre todo en la construcción del ferrocarril de Arica a La Paz.

Otro asunto muy discutido en el año anterior y ya resuelto ha sido el establecimiento del matrimonio civil. Conservadores y católicos se opusieron, como era natural, a que tal proyecto prosperase, hubo protestas y manifestaciones en contra de preladados y señoras; pero la mayoría del Congreso sostuvo y votó la reforma.

\* \*

Ocho años de vida lleva la República de Panamá, que se creó y vive bajo los auspicios de la Unión norteamericana.

Los actos solemnes y fiestas con que se celebró este octavo aniversario dieron ocasión al presidente de la República Sr. Arosemena para pronunciar discursos enalteciendo los beneficios de la paz y de la cultura popular. Se difunde la instrucción primaria por medio de las numerosas escuelas que se han creado, y se van planteando útiles é importantes reformas materiales. Pero hay sombras en el cuadro; se han cometido errores, que por fortuna no son irreparables. Tienen que ceder las pasiones y rendirse el interés privado ante el deber santo de conservar la independencia incólume y enteras las libertades conquistadas gracias a esa independencia.

Quiere Arosemena que los istmeños de Panamá sean leales a la Constitución, esclavos de la ley y dueños de su corazón, y que su persistente anhelo

sea la estabilidad y la gloria de la República; quiere que se muestren capaces de administrar provechosamente los negocios públicos, que practiquen con largueza la virtud de la tolerancia y que no abandonen jamás el ejercicio de los derechos públicos. Sólo así podrá reinar en el territorio nacional el orden de la civilización, y mantenerse el predominio de la justicia y el imperio indisputado de la ley; sólo así podrán los panameños mostrarse dignos de la sociedad de las naciones cultas.

\* \*

Parece que la fiebre revolucionaria se ha calmado en Nicaragua. Ahora predomina en la política el aspecto financiero: se han contratado con varias casas banqueras de Nueva York empréstitos garantidos por las aduanas, cuyas rentas habrá de cobrar un recaudador general nombrado por el gobierno nicaragüense entre los varios candidatos que propongan los banqueros. La lista de propuestos para dicho cargo tendrá que someterse a la aprobación del departamento de Estado de los Estados Unidos.

Como se ve, no sólo la banca neoyorkina, sino el mismo gobierno norteamericano interviene, más o menos directamente, en estos empréstitos o en el funcionamiento del servicio de aduanas como garantía. No deja de ofrecer peligro esta ingerencia; pero como no hay otro modo de obtener los recursos necesarios para aliviar la situación económica del país, preciso es pasar por todo.

Se suponía que el presidente electo de la República, general Luis Mena, había adquirido el compromiso de llevar a efecto los convenios pactados con los banqueros de Nueva York; pero tal suposición queda desvirtuada con la renuncia que, según las últimas noticias, ha hecho el Sr. Mena. Es de temer que los empréstitos sirvan de razón o de pretexto para renovar las agitaciones revolucionarias. Los zelayistas no pierden la esperanza de tomar el desquite.

Con los empréstitos a que nos referimos debe atenderse principalmente a la reforma monetaria, al establecimiento de un banco nacional y a la construcción del ferrocarril proyectado entre la costa del Atlántico y el gran Lago.

\* \*

No sólo el elemento financiero de los Estados Unidos dedica su atención y las tareas propias del oficio a los pueblos hispanoamericanos; también los eruditos y los hombres de letras y de ciencia norteamericanos hacen objeto especial de su estudio y propaganda a las cosas y a las gentes del resto de América.

Una de las personalidades que más se distingue en esta labor y que mejor conoce a los pueblos de lengua española es el doctísimo catedrático de Historia de la «Columbia University», el Sr. William R. Shépherd, que en el Círculo literario hispano de Nueva York ha dado una notable conferencia sobre la Literatura y el Periodismo en la América del Sur.

Las bibliotecas nacionales de Lima, de Santiago de Chile y de Buenos Aires, el gabinete portugués de Leitura, de Río de Janeiro, los nombres ilustres y las obras maestras de los grandes literatos y poetas suramericanos, dieron materia para la primera mitad de la conferencia. Después pasó el Sr. Shépherd a reseñar lo que es el periodismo en esos países y como prueba del asombroso progreso que ha alcanzado, señaló el hecho de ser una empresa periodística suramericana, «La Prensa», de Buenos Aires, la de mayor alcance ó de servicios más numerosos y perfectos que hay en el mundo.

En efecto, posee «La Prensa» espléndido edificio, en cuya azotea hay un observatorio meteorológico; todo el personal tiene a su disposición restaurant a precios reducidos y a crédito, gimnasio, sala de esgrima, baños, enfermería, billares y otros recreos. Hay lujosas habitaciones reservadas para huéspedes distinguidos que visiten la ciudad y a quienes gratuitamente se ceden, con automóviles y cuanto necesiten y pidan. Para servicio del público y también gratuito, hay consultorio jurídico con tres letrados, consultorio médico-quirúrgico con varios especialistas, y servicios de cirugía dental y vacunación, con sultorios químico, industrial y agrícola, estafeta de correos, salas para exposiciones de arte e industrias, escuela de música, biblioteca, etc.

Y un dato curioso para terminar. Todo esto es obra y propiedad no de una compañía o corporación, sino de un solo hombre, el Sr. D. José C. Paz, que reside en París, y cuyo hijo D. Ecequiel desempeña la gerencia o dirección del periódico en la ciudad de Buenos Aires.

R. BELTRÁN RÓZPIDE.

LA COPLA, POR A. ESCAMILLA RODRÍGUEZ, dibujo de Tamburini



... se adorna la cabeza y el pecho con rosas y nardos de suaves colores, y espera

Porque las gentes la ven con la carita morena siempre alegre, sonriente, deslumbradora como el sol de la tierra en que se crió y vive, como el gran envidioso que ni su sueño respeta ni a nadie teme, pues no obstante el aviso del vigía de matizadas plumas, sultán del corral vecino, penetra sigilosamente por las rendijas de la ventana de su alcoba y llega poco a poco hasta su lecho virginal; porque durmiendo sonríe y despierta brota siempre la copla de sus labios de grana, creen y dicen los que del dolor ajeno no se cuidan que nunca tiene penas.

Yo que la conozco a fondo, qué quiero su cuerpo y admiro su alma, puedo negarlo. ¡Vaya si las tiene! La procesión anda por dentro. Y es lo que Lola dice: «Donde el egoísmo y la mentira reinan, ¿qué piedad puede haber?»

Desde aquella tarde para ella inolvidable en que, regando la jarra de claveles reventones, rojos como la sangre, y las macetas de verde albahaca, símbolos de los extremos de una pasión intensa, sin saber lo que se hacía, dejó caer unas gotas de la menuda lluvia sobre el sombrero de Pepe, el gallardo mozo que la corteja, Lola, cordobesa neta, sufre y canta:

El amor es un bichito  
que por los ojos se mete  
y en llegando al corazón  
da fatiguillas de muerte.

Hasta entonces, en que al verle se conmovió toda, en que se arreboló su rostro, en que tartamudeó unas excusas tan mal urdidas como bien escuchadas, no supo la mozueta que le quería. También fué aquello una súbita revelación para Pepe, harto amoscado ya con sus continuos desdenes.

Saltó la chispa de una a otra nube, de un pecho a otro; secáronse las gotas de agua del sombrero de

Pepe; pasó el instante de peligro; ella se retiró de la ventana, él se fué y... así quedó todo.

¿Fué el amor un fuego fatuo en el corazón de Lola? No. Lo que ocurre es que Pepe se enorgullece ahora más que nunca de su propio valer, es duro, frío, inflexible como el eslabón, y Lola, que en los claros cristales de la fuente de alabastro en que pululan áureos pececillos y en los arroyos que bordean floridas adelfas, olorosos juncos y mastranzos, ha visto su hermosura, cree que es apreciarse en baja, que tiene algo de liviandad el ceder al requerimiento primero.

Con los ojos se hablan. Falta la ocasión en que alguien movido a piedad vuelva a aproximar el eslabón al pedernal.

Quienes no están en el secreto, quienes por miopía intelectual o por atrofia de sentimientos juzgan por exterioridades y no profundizan en los misterios de Psiquis, sostienen que Lola nunca sintió pena, porque, como la alondra en dorada jaula, canta y canta:

¿Qué le importa al mundo  
que quiera o no quiera,  
si vivo sufriendo  
y no me consuela?

Por la tarde, a la hora en que el sol declina entre nubes de color de ensueño que acaban sangrientas y violáceas, cuando las campanas de la Catedral tocan el *Angelus* dulce y solemne, vuelven al aprisco los rebaños, los piconeros con su halda de cisco y su hocino a la espalda descienden de las agrestes cumbres de la sierra y los coches de los señoritos ociosos cesan de cascabelear en los ventorrillos, por la vereda que serpea entre el naranjal de la huerta, lleno de granos de oro y perfumado por los abiertos

pomos de las magnolias, Lola le ve cruzar triunfante en la lucha del trabajo, satisfecho, robusto, guapo, conduciendo de reata la bestia, que lleva en amplios serones frutas y berzas al mercado. Callan los ruiseñores en la alameda y el cantar se repite en frondas y oquedades:

Ya vienen los muleros  
de dar el agua;  
el de la mula torda  
me roba el alma.

¡Y qué verdad es! La ingenua moza tiembla de emoción. Los ojos le brillan, la cara le arde, los labios gordezuelos y rojos son como estuche que se abre para dejarse robar todo un caudal de purísimos deleites.

La figura de Pepe se oculta, reaparece, juega cruelmente con aquellos anhelos. ¡Qué pequeña parece y qué grande es para quien le ama!

A las últimas luces del día que muere tras los enhiestos picos coronados de pinos y jaras, recoge Lola de los tendedores los trapitos lavados y secos, se adorna la cabeza y el pecho con rosas y nardos de suaves olores y, como quien nada hace, espera.

Ya se aproxima el mancebo; la mula rozna al ventear poblado.

Lola quiere marcharse y no puede. ¡Ingrato! ¿Pasará hoy también sin decirle nada?

—Adiós, Lola.  
—Adiós, Pepe. Hasta mañana.  
—No; mañana no paso. Voy a la boda de Concha la de «Vista Alegre.»  
—Pero ¿se casa esa mujer?  
—Ya lo ves que sí. A menos que Frasquito se arrepienta esta noche.

Y él de espaldas ya, mostrando una indiferencia

que está muy lejos de sentir, canta también en tono un poco zumbón:

*Cualesquiera bebe vino,  
cualquiera se emborracha,  
cualquiera busca novia  
y cualquiera se casa.*

—*Cualesquiera* no, replica ella *in mente*, porque

—Sí.  
—¿Y que el tío Peneque nos ha invitado a la boda?  
—Eso no lo sabía.  
—Pues no faltaremos. Les he dado palabra a los novios.  
El rostro de Lola se anima súbitamente. Una ligera nube pasó por él, y si el cantar no brota rego-

Los sepulcros blanqueados, los cerebros huecos, las conciencias encallecidas de esa gente que se burla de los ayes lastimeros, que no da pan ni trabajo, que compra el placer y ante las delicadezas de sentimientos hace clownescas contorsiones y ridículas muecas, no comprenden la copla ni la comprenderán jamás. La copla no nació para la gente sin alma.

MONUMENTO AL ILUSTRE POETA D. RAMÓN DE CAMPOAMOR. BOCETO DE LORENZO COULLAUT VALERA



El monumento visto de frente



Vista de la parte posterior del monumento

El eximio poeta D. Ramón de Campoamor, el popular autor de las *Doloras* y de los *Pequeños poemas*, tendrá pronto en Madrid el monumento a que tiene indiscutible derecho quien tan bien supo interpretar el alma de su época, infundiendo en sus creaciones poéticas un espíritu profundamente filosófico. El monumento se erigirá en el Retiro, en donde Campoamor solía pasear en los últimos años de su vida, y será una glorificación admirablemente adecuada al carácter del poeta, todo bondad, todo amor, todo llaneza, según puede verse en el adjunto boceto, obra del notable escultor Sr. Coullaut Valera.

yo, de no casarme contigo, iré a la tierra con palma.  
Baja Pepe la ladera. Lola le sigue con la mirada.  
No le ve ya y el viento dice:

*Serraniya, serraniya,  
las ducas que por tí paso  
me van a quitar la vta.*

Ladran los perros a las informes vagas sombras de la noche vecina; un pájaro negro, aturdido, roza la parrá; cierra Lola la puerta que da al campo y va a la cocina. Enciende la pira de leña que el viejo capataz puso bajo la ahumada chimenea. Las llamas de aquel fuego que quiere llegar al cielo y que se refleja en el cobre de los basares, son menos abrasadoras que las que hay en el pecho de la moza de carita morena siempre alegre, deslumbradora, que durmiendo sonríe y despierta tiene siempre la copla a flor de labio.

—¿Qué te ocurre, pregunta el viejo, que no haces nada a derechas? Coge ese tizo trashoguero y apíllalo. Ahí van las tenazas. Así. Ahora hazme unas sopas caldositas y tú guísate lo que quieras.

—Yo no tengo gana, padre.

—¡Bah! Bien sé yo lo que te pasa. Si no te alimentas de fantasías, más te luciera lo que comes.

—Pero si...

—¡Conformidad, hija, conformidad! Y, variando de conversación, ¿sabes que mañana se casa la Concha?

cijado, loco, culpa es de la noche que impone silencio.

Pero no defraudaré, lector, tus ilusiones. De una boda salen cien. La letra que falta la oírás a Lola un año después, meciendo la cuna de su hijo, rosado y blanco como el nácar, mientras Pepe y su suegro fuman tranquilos cerca de la lumbre:

*La semilla que se siembra  
da el tallo y luego la flor;  
nunca su cosecha pierde  
quien siembra en el corazón.*

Tal es la historia de la copla. Algo espiritual, alado, triste o placentero, dulce o acre, que suena como un enérgico reproche o como un suspiro espasmódico, irisada burbuja del amor que el viento deshace para confundir su esencia divina con la esencia del alma universal que alienta en lo creado. ¡Bendígámosla, que es toda poesía!

En una época semibárbara, Almanzor dió a Said cien monedas de oro, cien vestidos y una pensión mensual de otras tantas monedas de oro por unos versos que improvisó en su presencia y en los cuales reflejaba el estado anímico del pueblo.

Hoy los amantes de lo bello, todo el que piensa alto y siente hondo, anda al margen de la miseria. ¡Cultural! ¡Progreso! ¡*Flatus vocis!* Aprendamos a sentir. Hagamos hombres buenos antes que hombres sabios.

EL MUSEO PEDAGÓGICO EXPERIMENTAL DE BARCELONA

Este Museo, fundado por su actual directora doña Francisca Rovira de Forn, fué por dicha señora concebido para difundir la cultura y fomentar la Pedagogía moderna en el sentido puramente experimental y muy principalmente para crear un profesorado que se viese libre de la rutina por desgracia tan generalizada y tuviese por norma la educación de los sentimientos y el estudio psicofísico de sus alumnos.

En este Museo se educan gratuitamente todos los alumnos que quieran dedicarse a la carrera del Magisterio y las señoritas que deseen obtener el título de Enfermeras Técnicas, mientras la capacidad de los locales lo permita.

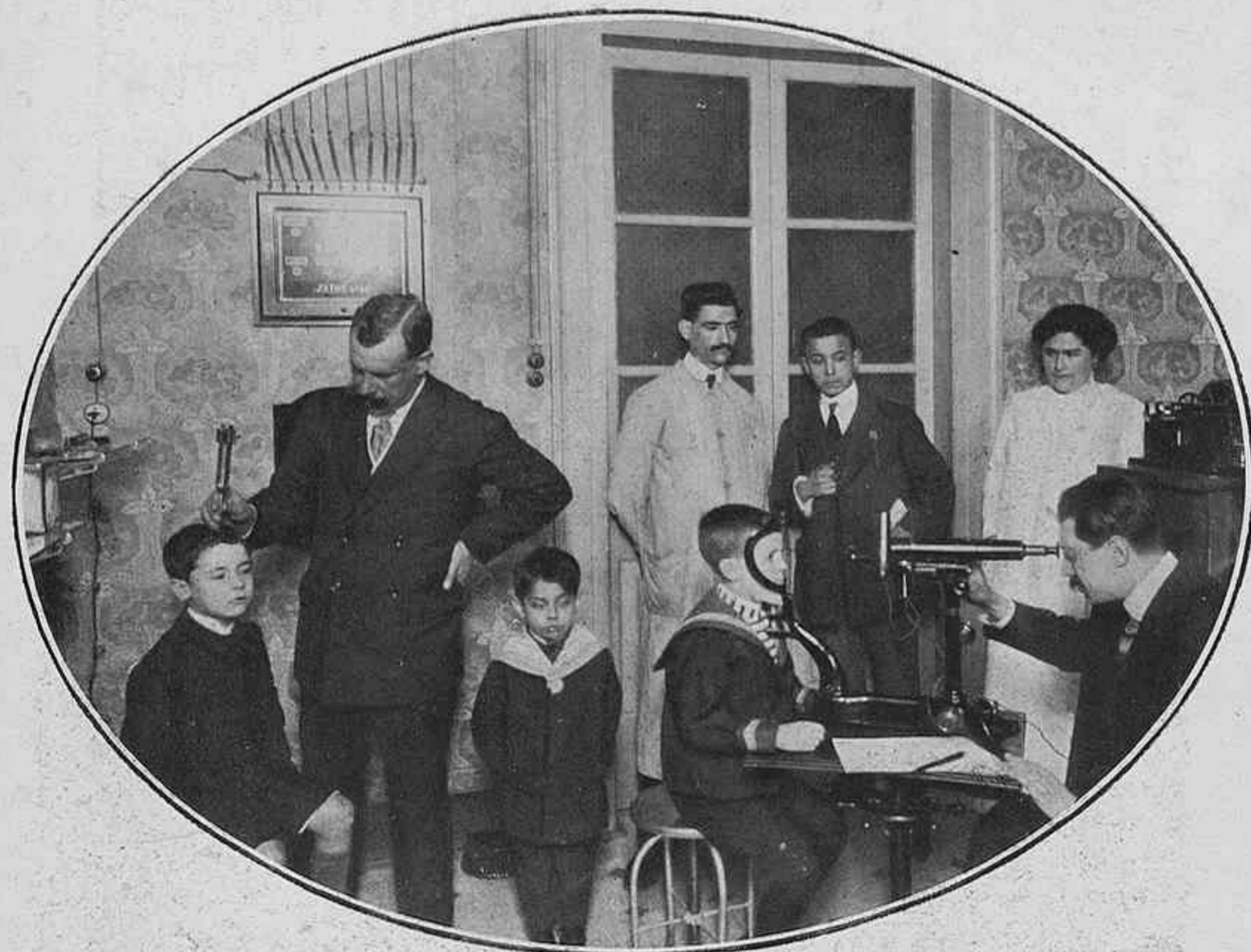
La creación del cuerpo de «Enfermeras Técnicas» se debe a este Museo y aun es hoy único en España.

Además de las clases que son necesarias para los cursos antes citados, la señora directora da a sus alumnos y alumnas otra notabilísima por todos conceptos y también única en España: la de Educación de Sentimientos.

Consta esta importante institución de las siguientes secciones:

*Museo.*—Comprende modelos de material y mobiliario escolar, nacional y extranjero, cuadros murales de Geología, Botánica, Zoología, Fisiología y Artes y Oficios; cartillas, libros de texto, planos y

BARCELONA.—MUSEO PEDAGÓGICO EXPERIMENTAL. (Fotografías de nuestro reportero A. Merletti.)



Sección de oftalmología y de oto-rino-laringología.—Los doctores F. Bordás y L. Torrens practicando el examen de dos alumnos



Sección Psicológica.—Doña Franciscas Rovira de Forn practicando el examen de memoria de palabras a tres alumnos

programas de enseñanza, material topográfico, atlas, mapas, barómetros, termómetros, esqueletos y preparaciones anatómicas e histológicas, estuches de disección, microscopio y otros muchos aparatos de Física y Química y materiales científicos de enseñanza.

*Instituto de Pedagogía Experimental.*—En él se dan clases diurnas y nocturnas gratuitas para los estudios del Magisterio, experimentando los alumnos en el Laboratorio los asuntos de estudio.

*Laboratorio de Psicología Pedagógica.*—Está dotado del material antropométrico indispensable, así como de materiales otorinolaringológicos y de exploración clínica y de aparatos para las medidas sensoriales, para la atención, tiempo de reacción, etc. En este Laboratorio se efectúa

la inspección gratuita de los alumnos de los colegios públicos y privados de esta capital.

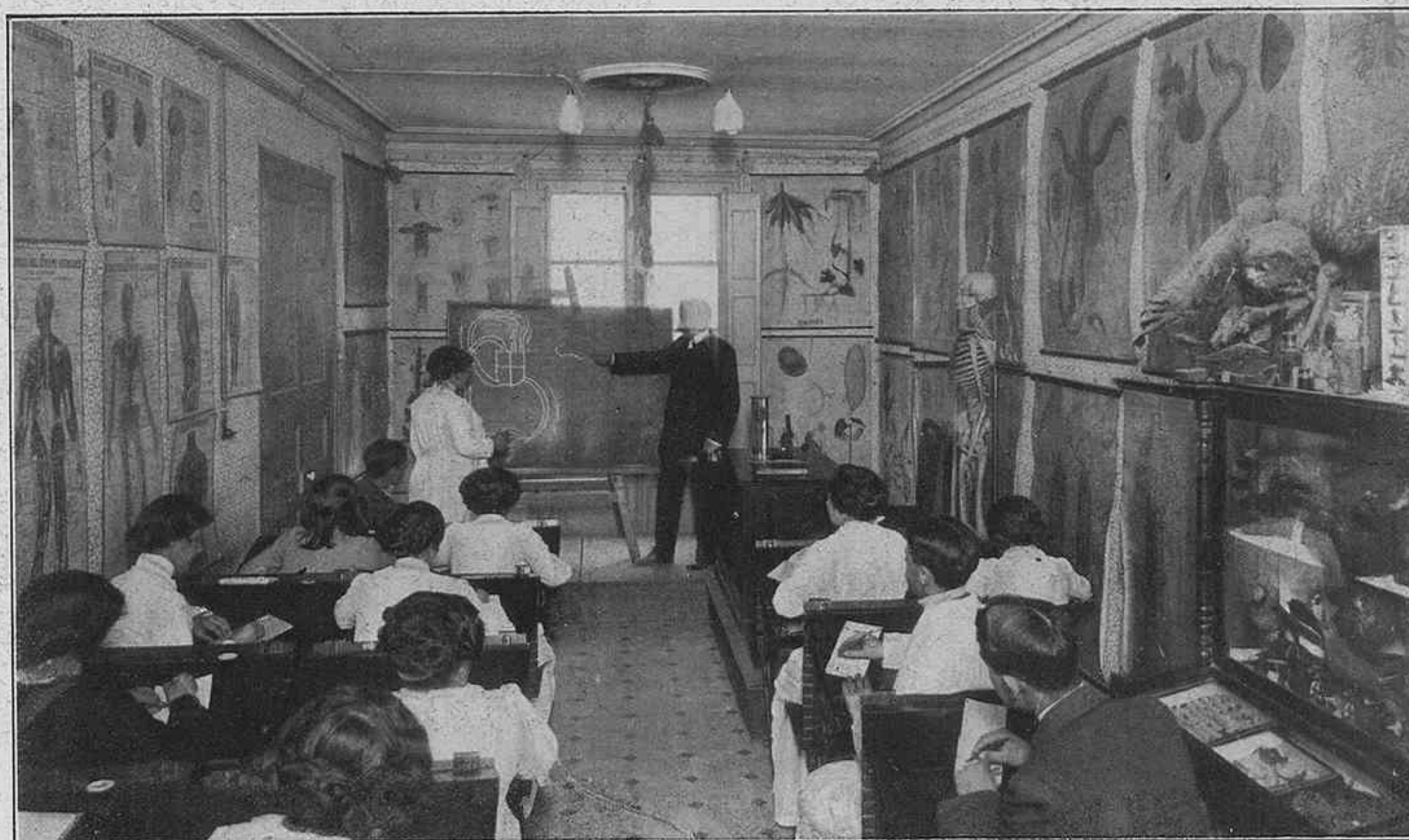
*Colegio para Anormales.*—En él han sido sometidos a tratamiento con notables éxitos varios imbeciles, inestables, atacados de ceguera y sordera psíquico emotiva, etc.

*Biblioteca Pública.*—Se compone de escogidos tratados pedagógicos y psicológicos españoles y extranjeros.

Entre los profesores que, además, de la directora prestan sus valiosos servicios al Museo, figuran los doctores Bordás, Torrents, Farreras, Rodríguez Ruiz y Vives.

Los grabados de esta página permiten formarse concepto de la importancia de esta institución y de los procedimientos perfectos que para sus enseñanzas en ella se emplean.

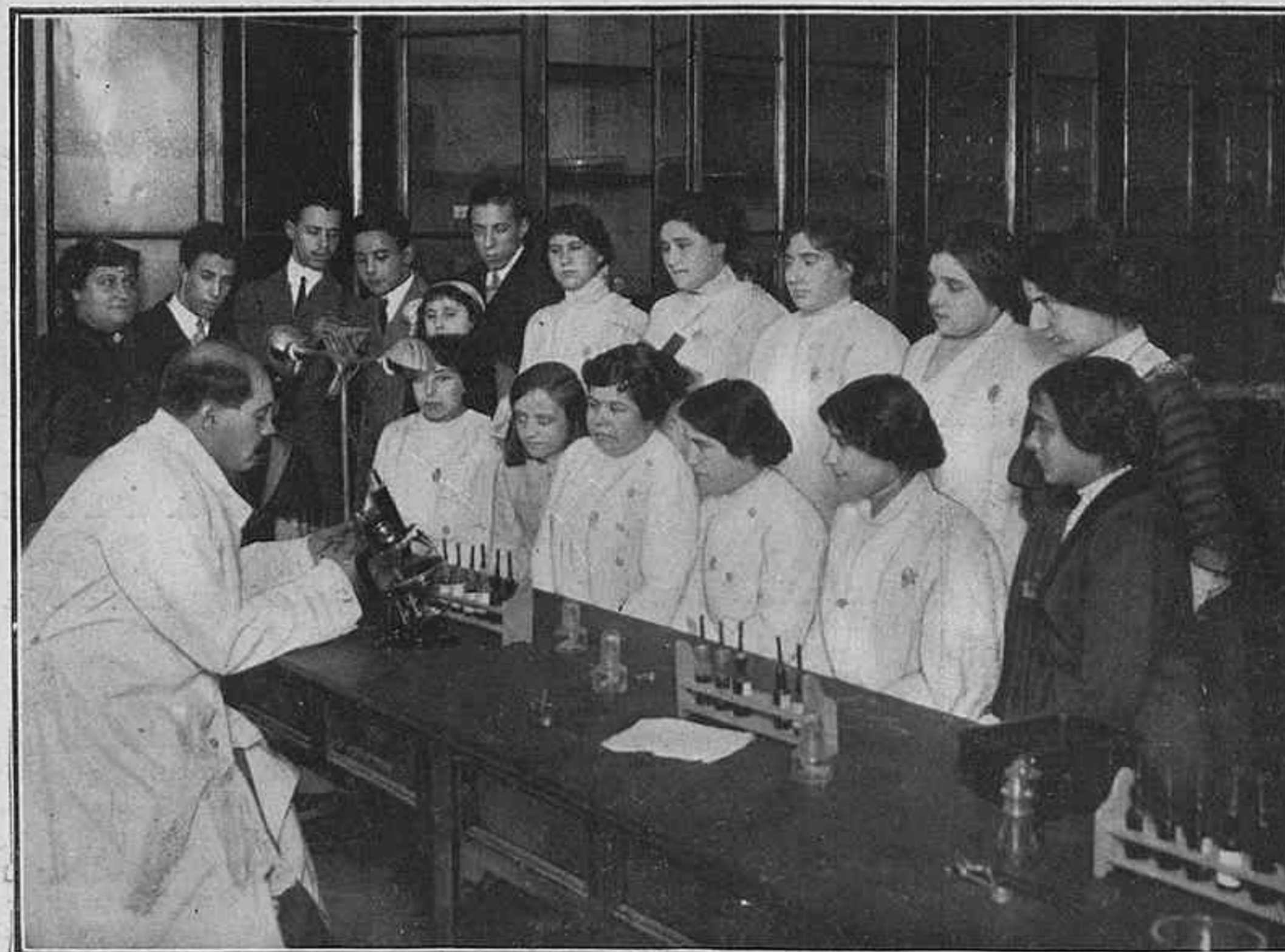
El Museo ha celebrado varios concursos sobre temas relacionados con los fines que persigue.—T.



Una lección de Fisiología dada por el Dr. Font de Boter a los alumnos de la sección de «Enfermeras técnicas» y de la sección del «Magisterio»



Lección práctica dada a las alumnas de la sección de «Enfermeras Técnicas» por el doctor Rodríguez Ruiz



Lección práctica dada por el doctor Farreras Munner a enfermeras y alumnos de la sección del Magisterio



### ESCENA CALLEJERA PARISIENSE

Galantería de antaño en el París de hogaño: en la parada del autobús, el anciano amable y la señora.

He aquí un cuadro parisiense que el artista ha tomado del natural y que evoca una divertida escena callejera, de tres personajes: el autobús, el anciano y la dama elegante... El autobús, a una señal hecha al mecánico, se ha detenido en una de las paradas facultativas. No hay en el vehículo más que un sitio vacío y son dos los candidatos que aspiran a ocuparlo, el anciano y la joven señora. La silueta de ésta, elegante y esbelta, su lindo rostro, su inverosímil tocado, su abrigo de pieles, su amplio manguito, sus pies delicadamente calzados, todo en ella indica a la parisiense. El anciano la mira un momento, sonríe y correctamente se aparta. ¿Qué le importa no coger aquel autobús? No tiene prisa; ha pasado ya la edad en que los negocios y los placeres son tiranos imperiosos a los que hay que contentar en seguida... De cualquiera que vaya, sabe que llegará a tiempo... La dama, asombrada al pronto, contempla, a su vez, al anciano cuya inusitada cortesía la conmueve y secretamente la halaga, porque es

un homenaje a su juventud y a su gracia; y para no ser menos amable que él, le invita con la mano a que suba, mientras el otro, quitándose el sombrero, le dice: «¡De ningún modo!» Y aquella pequeña comedia mundana que se representa en plena calle, delante de la plataforma de un autobús, como si fuese a la puerta de un salón, causa verdadera sorpresa: tan anticuada parece en el París de hogaño la galantería de antaño.

El coloquio ha durado apenas tres segundos; pero ya el conductor, dispuesto a dar la señal de partida, recuerda sin miramientos a los singulares viajeros el sentimiento de la realidad. Y menester será que ante una intimación tan apremiante, el anciano o la joven dama se decidan por fin a poner el pie en el estribo..., a no ser que el autobús, prescindiendo de sus cumplidos, eche a andar bruscamente, dejándolos a los dos plantados en medio de la calle.

## MATRIMONIO SECRETO

NOVELA ORIGINAL DE PABLO BERTNAY.—ILUSTRACIONES DE MAS Y FONDEVILA. (CONTINUACIÓN.)



Con ademán imperioso hizo acercarse a Manuela. (Véase página 107.)

—¿A darte noticias de la señora del 27?  
 —Sí, y está alerta porque el asunto vale la pena.  
 —¿Pero qué es esa morenita?  
 —Es un negocio en que se puede ganar mucho dinero... Por de pronto esto es todo lo que sé.  
 —¿Y has visto que está encinta?  
 —¿Qué dices?  
 —¿No lo habías reparado? ¡Si salta a la vista!  
 —¡Encinta!, repetía Tres Zarpas azorado... ¡He aquí aquel talle grueso, aquella falda tan mal ajustada! ¡Necio de mí que ni siquiera se me había ocurrido!... ¿Y qué nombre ha dado en el despacho?  
 —Un nombre muy bonito..., la señora viuda de Aspremont.  
 —¡De Aspremont! ¡Y el otro que me dice que se llama Casteras! ¿En qué parará todo esto?  
 Y se despidió de la camarera recomendándole una vez más que en cuanto la forastera volviese al hotel fuese a avisarle a la Raedera.

## VI.—EN EL PALACIO DE ASPREMONT

El viejo palacio de Aspremont álzase en pleno arrabal San Germán, casi en la esquina del bulevar y de la calle del Sena. De aspecto sencillo en el exterior, pasaría inadvertido, sin la grandiosidad de la puerta cochera, verdadero pórtico que se prolonga en bóveda sombría, tanto más imponente cuanto que se abre sobre una planta baja en la que no hay más que pequeñas ventanas con rejas. En el primero y en el segundo piso, las aberturas son altas y grandes, severas y muy sobriamente decoradas.

Pero al penetrar en el patio de honor hallase uno en presencia de una de esas maravillas del siglo XVIII que las modificaciones, las sucesivas composturas y la invasión de los almacenes y de las tiendas modernas hacen cada día más raras y más añoradas de los artistas y de los adoradores del viejo París. Allí un arquitecto, émulo de los Perrault y de los Mansard, dió libre vuelo a su grandiosa fantasía: aquella esca-

linata monumental, aquellos balcones con balaustres de piedra, aquella columnata de orden compuesto con su alto friso esculpido, todo recuerda el gann siglo, todo proclama también que la voluntad de los que sucesivamente han habitado el palacio ha sido la misma, una voluntad de recuerdo y de respeto. Y efectivamente, desde que en 1675 el conde Juan de Aspremont, caballero de las órdenes del rey, hizo construir aquella mansión en el terreno por él adquirido de la abadía de San Germán de los Prados, el palacio había permanecido en manos de sus descendientes.

En la actualidad, habitaba el primer piso el jefe de la casa, el anciano conde de Aspremont; el segundo lo ocupaba su sobrino, Francisco de Lorgerac, hijo de su hermana Albina, que se había casado con el barón de Lorgerac y que no había dejado más que aquel hijo y heredero único. Poco antes hubiera podido asegurarse que durante muchos años los Aspremont y los Lorgerac seguirían viviendo bajo el mismo techo, pues el anciano conde estaba representado por un hijo, Rolando de Aspremont, un oficial joven y lleno de vida. Pero nada hay seguro en este mundo: en efecto, acababa de recibirse la terrible noticia de que el vizconde Rolando había sido muerto en México. Y el barón de Lorgerac que, por esta muerte, pasaba a ser el pariente más próximo y el heredero natural de su tío, sería indudablemente algún día, quizás muy pronto, porque la nueva del fallecimiento de su hijo había afectado profundamente al conde, el único representante de un nombre que el suyo reemplazaría y de una fortuna que a la suya juntaba aquella muerte imprevista... Para duplicarla decía la gente... Para restablecerla, habría dicho si hubiese estado en el secreto de los asuntos del nuevo heredero de Aspremont.

En efecto, los negocios de Lorgerac, en apariencia brillantes, estaban sumamente embrollados. Heredero, por su madre, de una fortuna igual a la de su tío; poseedor, a la muerte de su esposa, de otra

fortuna casi tan considerable, pues, hombre frío e interesado, había hecho un matrimonio de conveniencia, esos capitales debieron de haberse duplicado y quién sabe si triplicado en sus manos, porque ¿no los hacía fructificar con la tenacidad del financiero que corre en pos de la suerte?, ¿no los lanzaba todos los días como tropas formidables en la batalla industrial y comercial? ¿No los hacía evolucionar según sabias y complicadas combinaciones cuyo resultado había de ser a menudo, si no siempre, la victoria?

Cierto que se citaban algunos desastres que habían estado a punto de comprometerle, pero cada vez, al siguiente día, se le había visto con la misma pasión correr tras las emociones de la Bolsa, ese juego incomparable que atrae más que otro cualquiera a los grandes jugadores. Y todo el mundo se había tranquilizado diciendo:

—¿Lorgerac? Tiene el riñón bien cubierto y unos centenares de miles de francos mal colocados no harán mella en su bolsa.

Y como nada se impone tanto como una idea representada por una frase hecha, todo el mundo financiero tenía por inconcuso que el barón de Lorgerac era una columna inquebrantable del templo griego en donde resuenan cada día tan extraños clamores en el centro de la plaza de la Bolsa.

Pero en realidad el barón se hallaba en una situación difícil. Era la época en que el segundo imperio abría en el viejo París sus vías grandiosas y monumentales, y Lorgerac, al acecho de todas las grandes especulaciones, había creído en un plan de conjunto, que al fin no había sido adoptado, había comprado, las más de las veces por bajo mano a fin de no aparecer mezclado en aquella gigantesca empresa imperial. Y una vez trazados definitivamente las calles y los bulevares nuevos, no por donde estaban sus inmuebles y sus terrenos sino por otro lado, había encontrado dueño, en barrios irremisiblemente perdidos, de casas de reventa casi imposible y de terrenos de productos nulos. Y en aquella operación ha-

biáanse consumido casi todos sus capitales y los de su esposa que él administraba como tutor de sus dos hijos. Lo poco que le quedaba tenía comprometido en una serie de especulaciones tan complicadas, que muchos veces se preguntaba lleno de inquietud si al día siguiente habría de declararse en quiebra.

Y en aquella casa cuyo tren seguía siendo más suntuoso cuanto que ahora se trataba de deslumbrar a los bobalicones que tan fácilmente destruyen una falsa situación, Francisco de Lorgerac luchaba al azar como un hombre que se ahoga y que se hunde cada vez más en el abismo en el que desde hace tiempo ha perdido pie.

Pero el barón jugador apasionado, era un buen jugador; nada, ni el anuncio de un fracaso irreparable, de un último desastre, habría podido hacer vacilar su mirada aguda y fría o estremecer sus delgados labios.

Por lo demás, nunca había sido muy comunicativo; se había ocupado muy poco de su esposa, encantadora criatura que merecía algo más que su indiferencia; se ocupaba muy poco de sus hijos, un niño de unos seis años y una niña todavía en ama cuya venida al mundo había costado la vida a su madre, y en cuanto a amistades ni las había encontrado ni las buscaba. Como todos los que viven con una idea fija, con una pasión, sólo por ella vivía y era dichoso o desgraciado. Y desde que sus negocios iban de mal en peor, su carácter se había agriado más de lo que ya era. Pero seguía siendo el caballero correcto, elegante que se divierte, más bien que se interesa, en los juegos de especulación como se divertiría en un deporte difícil y complicado.

En tales circunstancias el cable inglés había llevado a París la muerte del teniente de Aspremont en el combate de Río Frío; y esta triste nueva había sido enviada a Lorgerac para evitar en lo posible tan rudo golpe al anciano conde de Aspremont, a quien podría comunicar poco a poco tan terrible desgracia.

Y no era que Rolando hubiese sido un modelo de hijos; indisciplinado, derrochador, tipo acabado de esos simpáticos calaveras que son, preciso es confesarlo, hijos deplorables, había sido la desesperación de su padre durante toda una juventud borrascosa. Pero, al fin y al cabo, las heridas de dinero no son mortales, y si es cierto que el muchacho había devorado la fortuna de su madre, no lo es menos que una vez consumido el último billete de banco, se había alistado en los cazadores de África y rápidamente había ido conquistando sus grados, de manera que a los veintiséis años llevaba los galones de teniente y parecía haber sentado la cabeza y tener por delante un hermoso porvenir.

El conde de Aspremont sentía como un renacimiento de cariño, no exento de orgullo, por aquel hijo pródigo, alejado, desterrado casi, de la casa paterna desde hacía seis años. Después de todo, él era el único heredero de su nombre, el que continuaría la tradición que los siglos no habían interrumpido.

¡Y era entonces cuando llegaba la noticia de su muerte! Para el padre el golpe sería terrible. Pero para él, para el barón, la cosa era muy distinta y a pesar del dominio que sobre sí mismo tenía, sus dedos temblaban oprimiendo el telegrama que acababa de recibir. ¡Ya no había nada entre él y la fortuna, la fortuna inmensa de su tío de Aspremont!

—¡Estoy salvado!, murmuraba. Siendo heredero del conde, mi crédito se fortalece y mañana mismo, sin que yo lo solicite, todos me darán facilidades y prórrogas, con lo cual volveré a flote hasta que nuevamente sea rico como lo fui en un principio.

Y apenas si pensó en aquella extraña historia de matrimonio secreto que su primo le había referido por carta hacía poco tiempo. ¿Se presentaría siquiera aquella Manuela de opereta? Ni siquiera se le ocurriría que pudiera venir a Francia porque ¿qué vendría a hacer aquí? Aun suponiendo que Rolando la hubiese instituido heredera, la herencia no valía los gastos del viaje; Rolando no tenía un céntimo suyo y de la fortuna de su padre no podía disponer en vida de éste. Así es que Francisco de Lorgerac no pensaba ya en aquella aventura, una de las cien locuras de la vida de su primo, cuando se levantó para ir a comunicar a su tío la horrible nueva.

—¡No tengo más que un hijo y un heredero, tío!, había exclamado el conde Gerardo dejándose caer en los brazos de su sobrino.

Y Lorgerac había seguido acariciando aquel sueño, que ya era realidad, y que para él significaba la salvación, el desquite, el triunfo, la seguridad. ¡Ah, sobre todo la seguridad! Ahora podría respirar libremente, pensar en sus negocios sin evocar el terror de aquel vencimiento, próximo quizás, al que no podría hacer frente y detrás del cual vendría la quiebra.

Halagado por estos pensamientos, besaba a su pequeño Enrique que se asombraba de aquellas insólitas expansiones de su padre, acariciaba a su pequeña Genoveva, sonrosada y regordeta en brazos de su nodriza, y se decía:

—¡Ah, pobre primo mío! No sabes el servicio que acabas de prestarme.

Una mañana, doce días después de la recepción del telegrama que tan radicalmente había cambiado su porvenir, llegó el correo, el primero que traía el primer vapor salido de Veracruz después del combate de Río Frío. En él venían las comunicaciones oficiales que confirmaban la muerte de Rolando y que iban dirigidas al conde. Lorgerac había subido a su casa comprendiendo que su tío sufriría menos si podía desahogar a solas el dolor que aquellos documentos habían de renovar, cuando el ayuda de cámara del conde Gerardo fué a decirle que éste deseaba verle.

—¿Le ocurre alguna novedad?

—Que yo sepa no; únicamente cuando me ha llamado tenía una carta en la mano y parecía muy trastornado.

—Algún detalle, pensó el barón, sobre los últimos momentos de mi pobre primo.

Y en voz alta dijo al ayuda de cámara:

—Está bien; voy en seguida.

El conde Gerardo de Aspremont no era viejo todavía, pues sólo contaba cincuenta y seis años; pero aparentaba más edad de la que tenía. De salud delicada, impresionable y nervioso, había experimentado un primer dolor, inmenso, al perder a su esposa a quien adoraba. Luego tuvo grandes disgustos al ver el mal camino que había emprendido su hijo único, y cuando éste había reparado con tanta energía las tonterías de su juventud, ya era demasiado tarde para él. Viudo desde hacía muchos años, refugiado en su soledad, había adquirido poco a poco costumbres que por sí solas dan aires de vejez. Muy versado en las letras y aficionado a las cosas de erudición, había acabado por no interesarse más que por sus libros y por sus estudios. Al verle pasar con su invariable levitón negro y su corbata blanca, con la cara cuidadosamente afeitada y sus largos cabellos grises, habríasele tomado, sobre todo cuando paseaba por el Luxemburgo, cuya calma le atraía, ó cuando se entretenía en los muelles en los puestos de libros viejos, por un profesor de la Sorbona ó por un miembro del Instituto. Era preciso el latigazo de un incidente imprevisto en que se tratase del nombre de Aspremont para que se irguiera aquel buscador de ediciones raras que andaba siempre algo encorvado y para que tomase un brillo imperioso aquella mirada ordinariamente dulce y benévola. Y aquel brillo tenía cuando se levantó bruscamente al oír que su sobrino abría la puerta de la biblioteca en donde pasaba una parte de su vida.

—Lee, Francisco, díjole dándole la carta que aun tenía en la mano.

—¿Qué carta es ésta?.. Está usted tan emocionado. ¿Se trata del pobre Rolando?

—De él, sí, y de otra persona además. Léela y dame un buen consejo. ¡Desgraciado hijo mío!

Y sin comprender todavía qué sentimiento dictaba a su tío aquella expresión desolada, el barón cogió la carta y miró ante todo la firma.

—¿Lambert? ¿Quién será ese Lambert?

—No le conozco, será un nombre de fantasía; pero lee, lee atentamente.

Y Lorgerac leyó en alta voz:

«Señor conde de Aspremont, no tengo el honor de que usted me conozca; pero era amigo de su hijo y en calidad de tal considero como un deber poner a usted en guardia contra una tentativa de *chantage* y de estafa de que pudiera usted ser víctima.»

—¿Qué significa esto?

—Continúa.

«Se presentará en su casa una mujer que dirá ser esposa legítima de su hijo de usted...»

—¡Hola!, exclamó el barón, sintiendo en el corazón un vuelco. La cosa se hace interesante.

Y sin más comentario prosiguió:

«Le dirá que su hijo se casó con ella secreta y legalmente cuando se hallaba en Río Frío y añadirá que va a ser madre, lo cual es verdad, y que el niño que pronto nacerá es nieto legítimo de usted, lo cual es falso.»

Al leer esto, la voz del barón vaciló. ¡Un hijo! De ser esto cierto, el sueño de doce días se convertiría en una decepción. De la esposa de Rolando nada temía; pero de un hijo de Rolando sí que tenía mucho que temer, porque a la muerte del conde a aquel hijo pasaría la fortuna de Aspremont, entera si el hijo era legítimo. Y en tal caso él volvería a encontrarse en su infierno sin salida..., más abominable ahora, después de haberse creído salvado. Pero Lor-

gerac era un buen jugador y sus labios no temblaron cuando continuó la lectura.

«Todas esas afirmaciones no tienen más que un inconveniente, el de ser todas falsas.»

Y ahora Francisco seguía leyendo con un estremecimiento de esperanza que no pudo dominar como había dominado el de angustia.

«Si interroga usted a esa mujer, que se llama Manuela Casteras,»

Manuela, sí, este era el nombre; era ella la persona de quien hablaba Rolando...

«sabrán usted sucesivamente que el cura que bendijo esa unión ha muerto, que los testigos han muerto también, que del registro de la iglesia ha desaparecido toda huella del acta matrimonial y que hay que creer a Manuela bajo su palabra porque no presenta prueba alguna de tan singular matrimonio.»

«Además, para que sepa usted quién es esa Manuela Castéas, diré a usted, y cualquier persona de México se lo confirmará, que ha sido expulsada de su familia por mala conducta pública y notoria; y añadiré que su maternidad, que según me han asegurado en vista de la vida que lleva, no es la primera, en nada compromete la responsabilidad del teniente de Aspremont, quien no tuvo con Manuela más que una de esas uniones pasajeras, como suelen tenerlas los jóvenes con las muchachas galantes.»

«Finalmente diré a usted que así como ella no puede presentar ni una línea escrita que justifique sus pretensiones tampoco existe nada dejado por su hijo de usted que dé a las mismas una apariencia de verosimilitud. Todos los papeles que llevaba encima el teniente de Aspremont fueron quemados por sus amigos después de comprobar su insignificancia. Por lo demás, algunas cartas de Europa escritas especialmente por uno de sus parientes, Francisco de Lorgerac y de las que ninguno de nosotros cometió la indiscreción de leer otra cosa que la firma antes de quemarlas, ninguna luz habrían podido arrojar seguramente sobre las pretensiones de Manuela Casteras.»

Y el barón terminó con voz ronca:

«Envío a usted este aviso y estos datos para que sepa usted con quién tiene que habérselas; con ello doy a usted una prueba de mi amistad con el teniente de Aspremont.»

«De usted etc. — Lambert.»

Lorgerac alzó la cabeza, un tanto pálida y su tío con honda ansiedad le preguntó:

—Rolando te escribía a menudo... ¿No te había hablado nunca de esto?

¡Qué combate se libró en la mente del barón en pocos segundos! Y sin embargo en su rostro nada había reflejado aquella espantosa batalla; sólo se pintaba en él una expresión de mudo asombro y de compasión triste.

Había llegado a un punto decisivo en la senda de su existencia, un punto sobre el cual había de saltar sin tomar aliento, sin dar tiempo a un retroceso, a una vacilación.

Una respuesta suya, un sí o un no comprometía sin remisión su porvenir. Decir la verdad era no sólo la pérdida de la fortuna que, desde hacía doce días, se había acostumbrado a considerar como suya, sino además su caída próxima, inminente, en aquel abismo entreabierto, cuya profundidad había podido medir mejor ahora que, con el pie en terreno firme, lo miraba más serenamente. Mentir era la salvación, pero era también una infamia, un robo abominable hecho a una viuda y a su hijo; porque demasiado sabía él que su primo Rolando se había casado con Manuela Casteras en la iglesia de Río Frío y hasta conocía los nombres de los testigos: uno de ellos, el teniente de Albigny cuya muerte confirmaban las noticias llegadas aquella mañana; el otro, aquel viejo criado, aquel mestizo indio. Este último, si existía aún, era ciertamente insignificante; pero, en conciencia, ¿no era acaso él, Francisco de Lorgerac, un tercer testigo que podía presentar la declaración, el relato del mismo esposo? Este relato, de puño y letra de su primo, lo tenía él en su despacho, en un cajón de su mesa.

Rolando se había casado; aquella mujer que iba a presentarse era su esposa y aquel niño que pronto nacería era... ¡Ah, poco a poco! Aferrándose a todo lo que podía excusar y acaso justificar el mal pensamiento, la resolución desleal que iban tomando cuerpo en su alma se dijo:

«¿Su hijo? ¡Bah! ¿Acaso las criaturas como esa cuya audaz llegada nos anuncian pueden afirmar la paternidad de uno más bien que de sus otros amantes? Una muchacha de mala conducta notoria, expulsada de su familia... Y esto no es una acusación vaga sino un hecho positivo del que se nos dice que podemos cerciorarnos... Una joven de vida alegre, de esas que no se sonrojan de alternar con soldados ex-



tranjeros; una muchacha más lista, más osada más disimulada que sus semejantes, que ha visto con quién tenía que habérselas cuando se encontró con Rolando... Porque Rolando era realmente de esos a quienes tales historias suceden..., tan alocado, tan poco responsable de sus actos, tan inconsciente de todas las cosas de la vida real, de la vida seria; el hombre de todos los impulsos, de todas las excéntricas, de todas las enormidades, de todas las locuras...»

Y buscándose a sí mismo una explicación plausible de lo que la aventura tenía de extraña y de alarmante, se decía:

«Le habrá representado la comedia de costumbre, excitándole primero, negándose después; él se habrá enamorado perdidamente y la farsa habrá terminado en la iglesia de Río Frío. Y quién sabe si esa comedia habrá sido representada para dar al niño el padre que, con su cuenta y razón, guardaba el anonimato. ¡Esta es la verdadera explicación! Y ahora que, según parece, Río Frío ha sido pasado a sangre y fuego; ahora que allí ha desaparecido todo lo que había tan hábilmente combinado, esa mujer viene aquí para continuar la farsa con mi tío y conmigo... ¿Y tendría yo escrúpulos de acabar de una vez con esa comedia, de enviar a esa mujer y a su hijo a juntarse con su otro hijo cuya existencia se guardó bien de dejar sospechar a Rolando? Ese otro hijo de que nos habla el que ha escrito esa carta, al mismo tiempo que nos hace una advertencia que es un grito de su honradez, de su conciencia indignada. No, el hijo no es de Rolando; apostaríame mi cabeza. En este caso, no quedando más que la viuda, porque no niego la insignificante ceremonia que, según parece, basta allí para convertir en matrimonio un simple encuentro amoroso, ¿qué perjuicio le causo? Ninguno, puesto que Rolando nada tenía y nada podía dejar. Bien sé que no es esto lo que ella busca, que espera por medio de este hijo engañar a mi tío como había engañado a mi primo; es ella, pues, la que viene a robar para esa criatura, hija del azar, el nombre y la fortuna de Aspremont. ¡Ah, eso nunca!»

Y cuando este hipócrita alegato de su interés contra su conciencia hubo desvanecido sus últimos escrúpulos de honradez que ya denominaba candidez imbécil, con la mayor calma y con una instantaneidad que la palabra más rápida es impotente para describir contestó a la pregunta ansiosa que le había hecho el conde:

—No tío, el pobre Rolando nunca me escribió una sola palabra de esto... Pero cree usted todavía en esa absurda aventura?

—No, no, protestó el conde a quien la declaración de Lorgerac parecía haber tranquilizado.

—¿En esa aventura más inverosímil aún que absurda?..

—Sí, tienes razón... Y sin embargo, hay que confesar que mi pobre hijo, tan irreflexivo, tan imprudente... ¿No tendríamos motivos para creer?..

—¿Que dispusiera de su nombre, del de usted, para dárselo a una mujer como ésa? ¡Ah, tío! Yo le juzgo mejor que usted y en este punto respondo de Rolando. Creo que se explota su muerte para intentar a nuestra costa una enorme estafa; por fortuna esa carta pone a usted sobre aviso, pero aunque no la hubiese usted recibido, a los pocos momentos de conversar con esa mujer que le describen y cuya cita le anuncian, se habría convencido de lo que le digo.

—De modo que supones...

—Supongo y aun diría que estoy casi seguro de que una mujer que habrá sido la amante de Rolando..., y de tantos más, busca en nuestra familia una situación social para un niño que le estorba, pero del que nunca se habría atrevido a decir a mi pobre primo: «es tu hijo.» Empieza prudentemente por confesar que no tiene ninguna prueba que no existe en su poder ningún indicio de su matrimonio. a reserva de exhibir más adelante, cuando estén lejos de México los franceses que pudieran comprobar sus afirmaciones, algún canalla adiestrado por ella..., tal vez el que es ya su consejero y su cómplice. ¡Oh! Entonces no faltarán documentos, los que ahora no se encuentran; pero todos serán falsos, todo se apoyará en la desaparición del pobre Rolando y de gentes honradas, pero muertas, que ella habrá tenido el talento de mezclar en esa historia inverosímil... Bien sé que todo esto se acabaría dando usted, no mucho, unos miles de francos...

Y al ver que el conde hacía un gesto de extrañeza, añadió enérgicamente:

—Sí unos miles de francos que yo ruego a usted que no dé, porque una vez consumido el dinero de esta primera estafa por esa joven..., que debe tener buen diente..., y un gran apetito, volveríamos a las andadas con la diferencia de que entonces habría un precedente y le dirían a usted: «la prueba de que

nuestra reclamación es fundada es que ya pagó usted una primera vez.»

—Pero Francisco, dijo el conde vacilante y con voz alterada, ¿y si ese niño fuese realmente?..

—¿Un bastardo de Rolando? Dígalos sin ambages.

—Pues bien, sí.

—¿Olvida usted el párrafo de esa carta que a mí más me ha llamado la atención y en que se dice que su maternidad no es la primera y en nada compromete la responsabilidad de Rolando que no había tenido con Manuela más que una de esas relaciones pasajeras como suelen tenerlas los jóvenes con las muchachas galantes?

—Sí, sí, decía el conde pensativo.

—No creo que vaya usted a preocuparse de los accidentes de todas las muchachas que se han mostrado bondadosas con Rolando; forman legión y el interés de usted habría podido llevarle lejos.

—Pero si en esa carta no fuese verdad todo...

—¿Es decir, si se hubiese calumniado a esa joven arrojada de la casa paterna por mala conducta notoria? Hay un medio sencillo de saberlo, el que propone ese mismo Lambert. Me es muy fácil ponerme en relaciones con el Banco Nacional de México por medio de un intermediario cuya discreción garantizo y al que aquel establecimiento no puede negar nada; este intermediario pedirá inmediatamente informes confidenciales sobre Manuela y sobre la manera como ha salido de su casa, y antes de dos meses recibiré una respuesta.

—¿Y si de aquí a entonces llega?..

—Si me permite usted asistir a la entrevista que esa mujer pedirá de seguro a usted, a los dos minutos le diré qué casta de pájaro es.

—No, Francisco, no quiero verla.

—¿Por qué?

—Verme obligado a escuchar esa sarta de mentiras..., sufrir que a mi hijo, hasta en la tumba, se le mezcle a una tentativa de *chantage* contra su padre, peor aun, a una tentativa de intrusión en nuestra familia..., verme precisado a defender el nombre de Aspremont contra el hijo de esa mujer..., ¡ah, ni quiero ni podría hacerlo!

—Sin embargo...

—No; tú la recibirás, la oírás y la juzgarás.

—Sea, dijo Lorgerac con acento resuelto. Y cuando la haya visto y escuchado, yo le desembarazaré a usted de ella para siempre; se lo fío.

Y cuando el barón subió a su casa y se vio de nuevo solo en su despacho delante de su gran mesa de trabajo, permaneció algún tiempo con la cabeza entre las manos. Después, bruscamente, con ademán de decisión, de reto, echó el cerrojo a la puerta, encendió una bujía, y abriendo un cajón sacó un paquete de cartas, escogió una, la leyó atentamente y la puso sobre la llama vacilante. Y la carta ardió lentamente, sin que un estremecimiento de la mano que la sostenía ni una contracción de aquel rostro de mármol denunciase la menor lucha de aquella conciencia acorralada, de aquella probidad vencida.

Y cuando el papel quedó reducido a cenizas, Lorgerac murmuró:

—Ya está quemada la carta de Rolando, como quemada fué la mía en México. De toda esa historia no sé ni he sabido nunca nada.

Y su mirada adquirió una expresión extraña cuando añadió sordamente:

—¿Quién se atreverá ahora a desmentirlo?

## VII. — EL ULTRAJE

Tres días después, a eso de las diez de la mañana, la que se había hecho inscribir en el hotel de la Cruz de Provenza como viuda de Aspremont salía de la ciudad Bergere y se encontraba de repente en el bullicio del bulevar Montmartre. De pronto sintió miedo, pero recobrando la resolución que durante tantos días la había sostenido y guiado, no pensó más que en orientarse en ese formidable París desconocido.

En el hotel, la camarera le había dicho: «Tuerza usted a la izquierda.» Y así lo había hecho sin dejar la acera porque en el estado en que se encontraba toda precaución era poca, no tanto por ella como por el hijo que sentía en sus entrañas. Llegó a la esquina del bulevar, en donde la muchedumbre era aún mayor, y se halló en la encrucijada por donde pasaban cuatro filas de coches apretados. ¡Y tenía que atravesar aquel infierno! Sin embargo, el señor del día antes le había asegurado que el bulevar San Germán estaba a dos pasos; no la había engañado al designarle el hotel ¿por qué había de engañarla en esto otro? Una placa azul decía allí «bulevar Montmartre»; tal vez cerca de allí estaría, en efecto, el

bulevar San Germán. Y acordándose de la segunda recomendación de la camarera, dirigióse a un municipal.

—Caballero, le dijo, ¿el bulevar San Germán?

El funcionario miró a aquella mujer notablemente guapa, de porte más que modesto, enlutado y cuyo acento denotaba un origen extranjero.

—¿El bulevar San Germán? Está muy lejos, señora.

—¡Ah!, exclamó Manuela confusa. Me habían dicho, sin embargo...

—Pues se habían burlado de usted. ¿Y qué número busca usted del bulevar San Germán?

Manuela se lo indicó.

—Está cerca de San Germán de los Prados, pero lejos de aquí. Lo más corto es coger por la calle de Montmartre.

—¿Y dónde está esa calle?

—Ahí enfrente, al otro lado del bulevar.

—¿Y será preciso atravesarlo?

Había tanto temor en aquella pregunta, que el municipal no pudo menos de decir:

—Parece que esto la contraría... ¿No tiene usted costumbre?.. ¿Hace poco que está usted en París?

—Desde ayer y hoy salgo por vez primera.

—Siendo así, usted sola no conseguirá pasar al otro lado. Lo mejor es que tome usted un coche.

—No deseo otra cosa, pero ¿dónde encontrarlo?

—Aquí viene uno.

Hizo seña a un cochero y le dijo:

—Va usted a llevar a esa señora al bulevar San Germán, número...

Y cuando Manuela hubo subido al carruaje díjole de modo que el cochero lo oyese:

—Esa carrera vale un franco setenta y cinco, propina inclusive. No dé usted nada más y ese hombre lo tomará sin replicar porque sabe que tengo su número. ¡Ea en marcha!

Un cuarto de hora después, el coche se detenía a la puerta del palacio de Aspremont. Manuela se apeó, pagó al cochero y lanzando un gran suspiro de temor pero también de satisfacción, entró en aquella casa.

—¿Por quién pregunta usted señora?, interrogó desde su kiosco el portero, un anciano de aspecto bastante áspero.

—Quisiera hablar con el Sr. de Lorgerac.

—¿De parte de quién?

—De parte de mí misma, repuso desconcertada.

—¿Trae usted alguna carta de presentación?

—¿Carta de presentación?

—En fin ¿a quién debo anunciar?

—Dígale usted, contestó haciendo un gran esfuerzo, que vengo de parte de su primo.

—¿De su primo?.. ¡Pero si murió!

—Sí, repitió Manuela temblorosa; de parte de su primo..., muerto.

Francisco de Lorgerac esperaba aquella entrevista, de tal modo que se había dado orden al viejo Antonio, el ayuda de cámara del conde, de conducir al piso del barón a cualquiera persona que se presentase y diese el nombre de Rolando de Aspremont; pero fué grande su asombro al ver que aquella mujer preguntaba directamente por él. ¿Por qué por él y no por el conde? En fin ya lo averiguaría cuando se avistase, por primera y última vez, con aquella a quien de antemano había condenado, con la que no era y no sería nunca a sus ojos voluntariamente ciegos, más que una aventurera indigna no sólo del menor interés, pero ni siquiera de la más pequeña consideración.

Y con voz, aun más seca que de costumbre, preguntó al criado que anunció la visita:

—¿Una señora que quiere hablarme de parte de mi primo Rolando? ¡Qué extraño! En fin, que entre.

El aspecto de la aventurera le sorprendió en extremo. Habíase trazado de aquella mujer un retrato que correspondía a su voluntad obstinada de no ver en ella más que indicios de malos instintos y ¡cuán diferente era de la imagen que él se formara! Hermosa, sí, a pesar de la palidez de sus facciones alteradas, de una hermosura que bastaba a explicar y casi a justificar el acto apasionado, el acto de locura de Rolando. ¿Qué había de la criatura dispuesta a todas las audacias, a todas las mentiras, a todos los *chantages*, en aquella joven, casi una niña, cuyos ojos expresaban espanto y angustia, cuyos labios temblaban y en cuya actitud se adivinaban tanta tristeza, tanto abatimiento?

Y realmente temblaban de tal modo aquellos labios, que apenas podían contestar a la pregunta fríamente, duramente formulada por el barón:

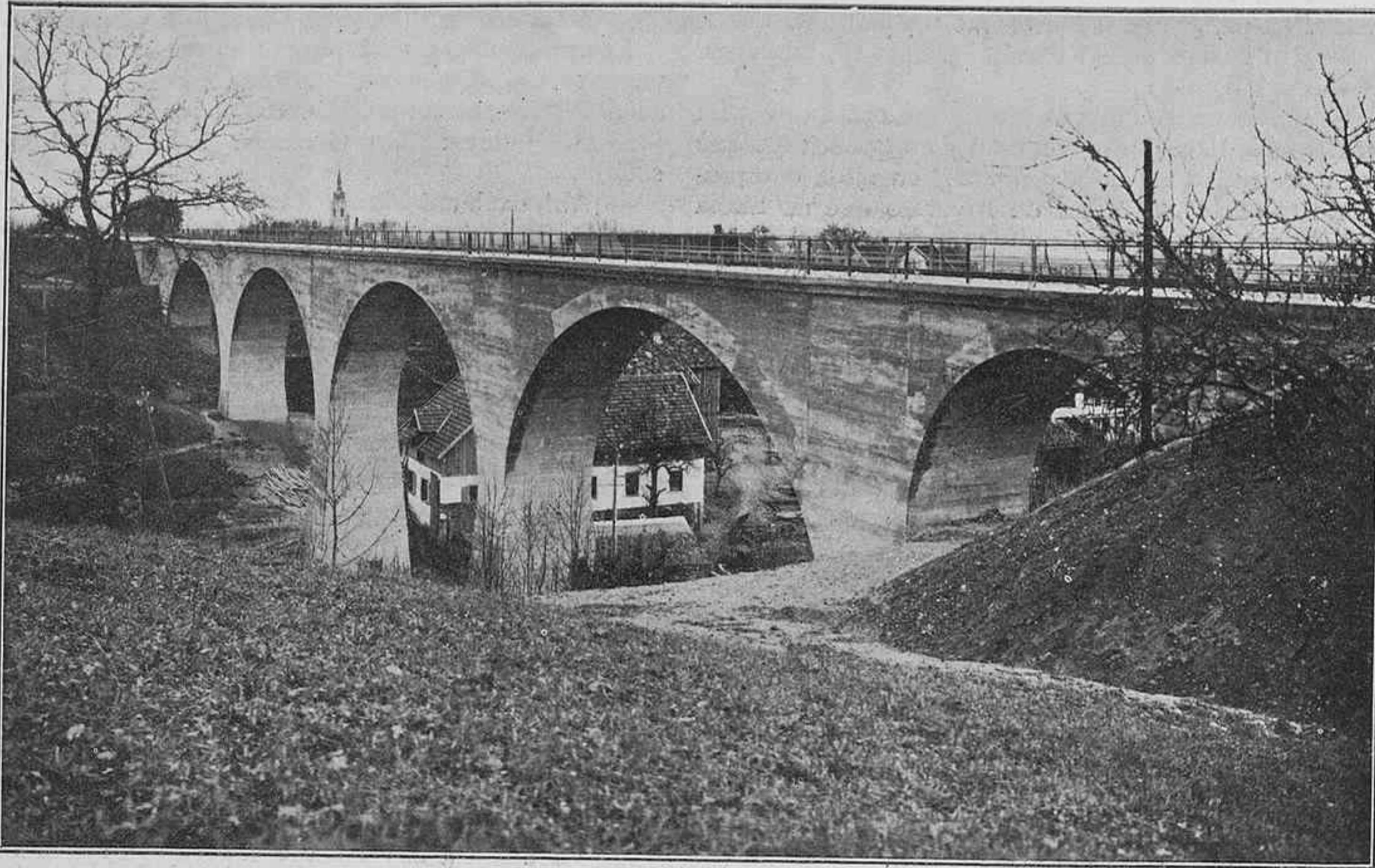
—¿Con quién tengo el honor de hablar, señora?

—Soy... la señora... de Aspremont.

Y al ver el movimiento de estupefacción indecible de Lorgerac, añadió:

(Se continuará.)

## SUIZA — NUEVO FERROCARRIL DE LA TURGOVIA CENTRAL.—EL TÚNEL DE LA JUNGFRAU



Ferrocarril de la Turgovia central.—Viaducto construido en el monte Jacob, junto a Kreuzlingen  
(De fotografía de Kurtischer comunicada por Carlos Tram[us].)

Recientemente se ha inaugurado el ferrocarril de la Turgovia central, que abre al tráfico una comarca tan rica como pintoresca y pone en comunicación, por medio de una vía férrea de 40 kilómetros, la ciudad alemana de Constanza con la población suiza de Wil.

El coste de esta línea ha sido de siete millones y medio de francos.

Las pendientes más escarpadas son de un veinte por mil y en las curvas el radio mínimo es de doscientos cincuenta a trescientos metros.

El viaducto que el grabado adjunto reproduce hállase situado en el monte Jacob, se alza sobre un abismo de treinta metros y tiene ciento cuarenta metros de largo.

Ha sido construido con cemento armado y el panorama que desde él se descubre es magnífico.

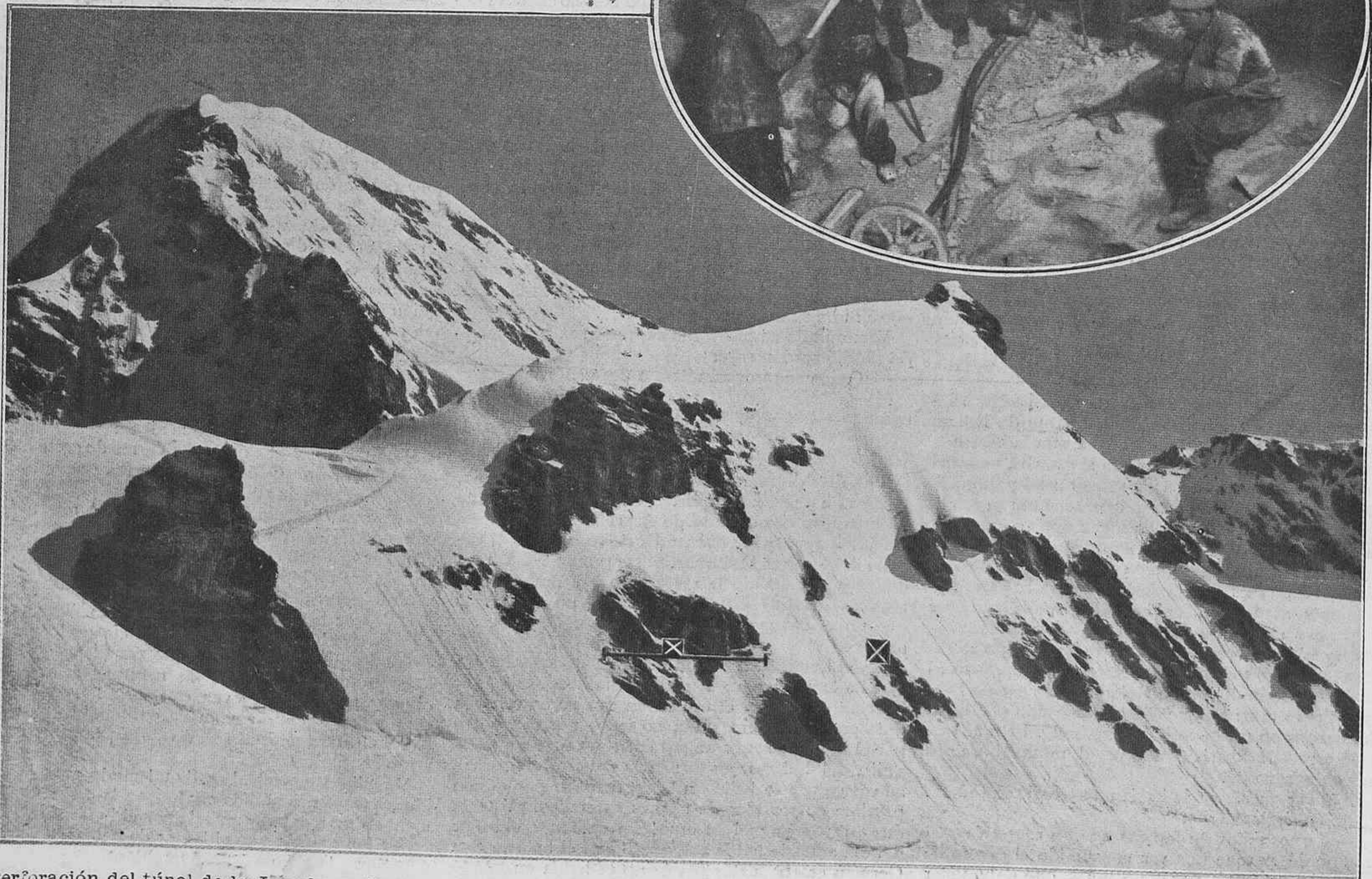
El día 25 de febrero último, a las cinco y cuarenta y cinco minutos de la mañana, un enorme barreno hizo saltar los últimos metros de roca

que separaban del mundo exterior a los mineros que después de muchos años de titánica lucha en las entrañas de la tierra, veían al fin terminada la obra gigantesca de perforación del túnel de la Jungfrau, cuya boca de salida hállase situada a una altitud de 3.457 metros.

Pocas obras técnicas han despertado, durante el largo período de su construcción, tanto interés como el ferrocarril de la Jungfrau, concebido por el genial ingeniero de Zurich Guyer Zeller, y único en su clase.

En 1898 comenzó a perforarse el túnel de 7.300 kilómetros de longitud, que arrancando de la estación de Eigergletscher (2.323 metros) y pasando por debajo de los montes Eiger y Mönch, conduce al grupo de la Jungfrau. En 1903 inauguróse la estación de Eigerwand (2.868 metros) y en 1907 la de Eismeer (3.161); desde el invierno de 1907-1908 trabajóse en la última sección, que tiene una longitud de 3.500 metros y que es la que ahora se ha terminado.

El panorama que desde la boca de salida del túnel se descubre es maravilloso; pero aun lo es más el de que se disfruta desde la meseta saliente situada cien metros más arriba y en la que se construirá un hotel; porque allí se juntan en un panorama colosal los panoramas parciales de las estaciones de Eigerwand y Eismeer: hacia el Norte, la cordillera central y la extensa planicie del valle de Lauterbrunnen, del lago de Thun, del Jura bernés y de la Selva negra; hacia el Sur, la región de ventisqueros más grandiosa que imaginarse pueda; muy cerca, las dos cumbres más hermosas de los Alpes berneses, la Jungfrau y el Mönch; y más lejos, una gran parte de los Alpes valenses.



Perforación del túnel de la Jungfrau.—La cruz de la derecha indica el punto de perforación del túnel, a una altitud de 3.457 metros; la de la izquierda, la meseta saliente en donde se construirá un hotel. En el óvalo superior, un grupo de mineros esperando la apertura de la última brecha. (De fotografías.)

MONTE CARLO.—UN MATCH DE BOXE SENSACIONAL ENTRE CARPENTIER, CAMPEÓN FRANCÉS, Y SULLIVAN, CAMPEÓN INGLÉS

El día 28 de febrero último efectuóse en Monte Carlo un match de boxe verdaderamente sensacional. Tratábase de la lucha entre dos campeones de los pesos medios, el francés Jorge Carpentier y el inglés Jaime Sullivan, y desde que comenzó a hablarse de ella inspiró gran curiosidad, que no tardó en convertirse en ansiosa expectación a medida que se acercaba la fecha señalada.

Contribuía a dar mayor interés al espectáculo la cuestión de nacionalidad: los franceses de una parte y de otra los ingleses y norteamericanos esperaban con la más viva impaciencia el resultado de aquel match, teniendo puesta naturalmente su confianza en sus respectivos campeones, y habiéndose cruzado, como puede suponerse, apuestas cuantiosas entre unos y otros.

Mucho antes de las dos, que era la hora anunciada para el comienzo del combate, la arena hallábase enteramente llena; cinco mil personas ocupaban las tribunas, entre las que se destacaba el palco suntuoso reservado al príncipe de Mónaco y a los dignatarios de su corte. Atestados de gente estaban también los tejados, balcones y ventanas de las casas que se levantan enfrente de aquel lugar.

Después de dos *matches* entre el monegasco Sattelina y el inglés Stillock y entre el inglés Spenceley y Bernstein, la orquesta tocó la *Marsellesa* y apare-

ció en el *ring* Carpentier, acompañado de su entrenador Descamps y de sus segundos; inmediatamente

también sacudirle algunos terribles, que dejaron vacilante a Sullivan en el momento en que sonaba el anuncio del *time*.

En el segundo *round*, Carpentier hizo gala de una agilidad y una táctica admirables, y después de haber parado con gran habilidad varios ataques de Sullivan, descargó a éste un terrible golpe en la mandíbula, al que siguió otro no menos terrible que derribó definitivamente al inglés.

Entonces estalló una ovación formidable y cuando el árbitro, inclinado sobre Sullivan, que yacía sin sentido en el suelo, hubo contado los diez segundos reglamentarios, el público en pie prorrumió en delirantes aplausos y aclamaciones, mientras la orquesta dejaba oír nuevamente las notas de la *Marsellesa*, y Carpentier se volvía triunfalmente hacia la tribuna, en donde estaban su madre y su hermana, que con la natural ansiedad habían presenciado la emocionante lucha, y á las que con ademán de gran

satisfacción ofrecía su victoria.

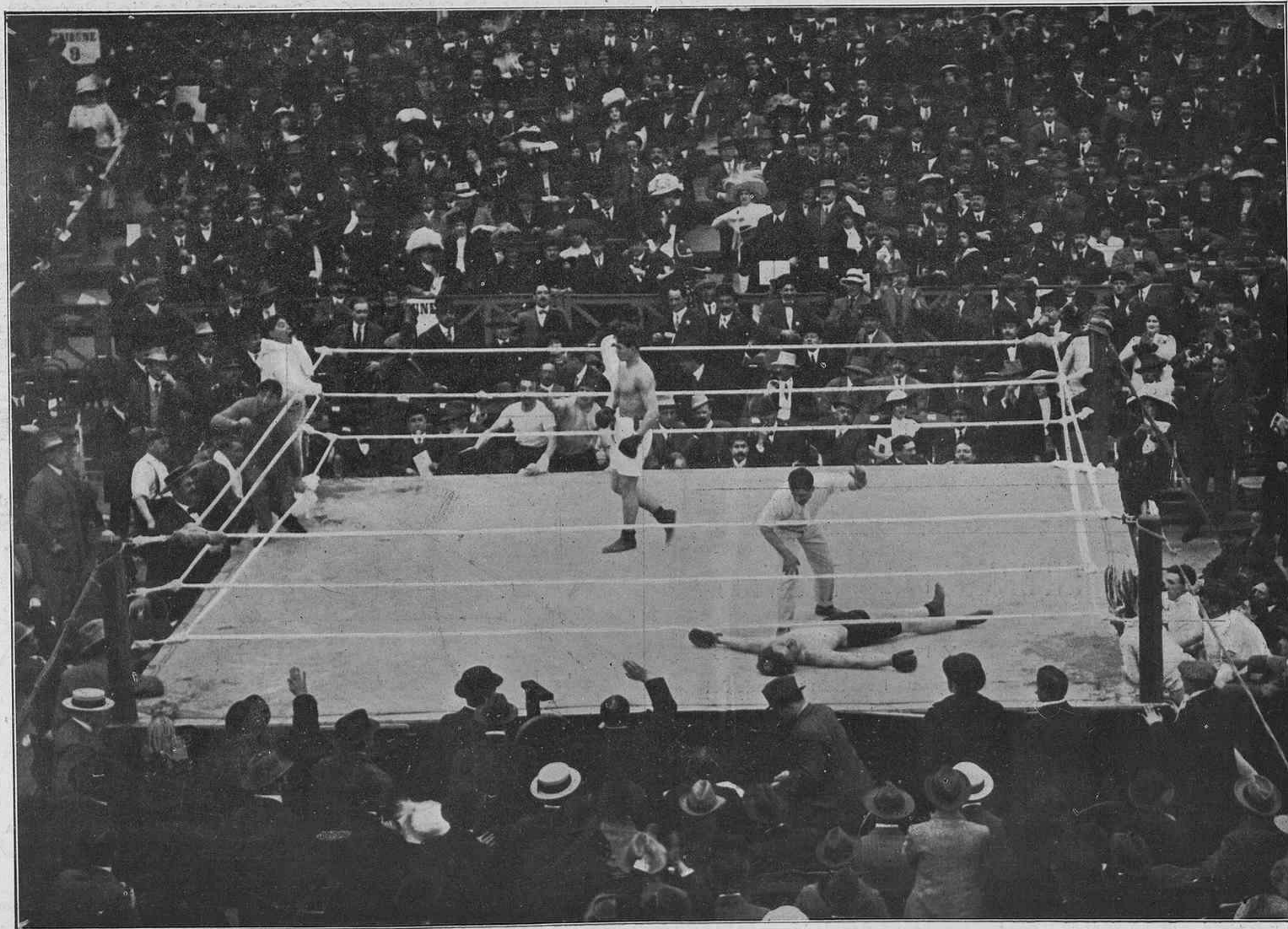
Carpentier fué llevado en triunfo en medio del *ring* y la ovación duró veinte minutos, habiéndose reproducido cuando el vencedor, que podía ya ostentar el título de campeón de Europa de los pesos medios, se dirigió al hotel acompañado de una multitud inmensa de admiradores, que no cesaba de aclamarle y aplaudirle.—S.



Jorge Carpentier, el vencedor del match, después de su triunfo

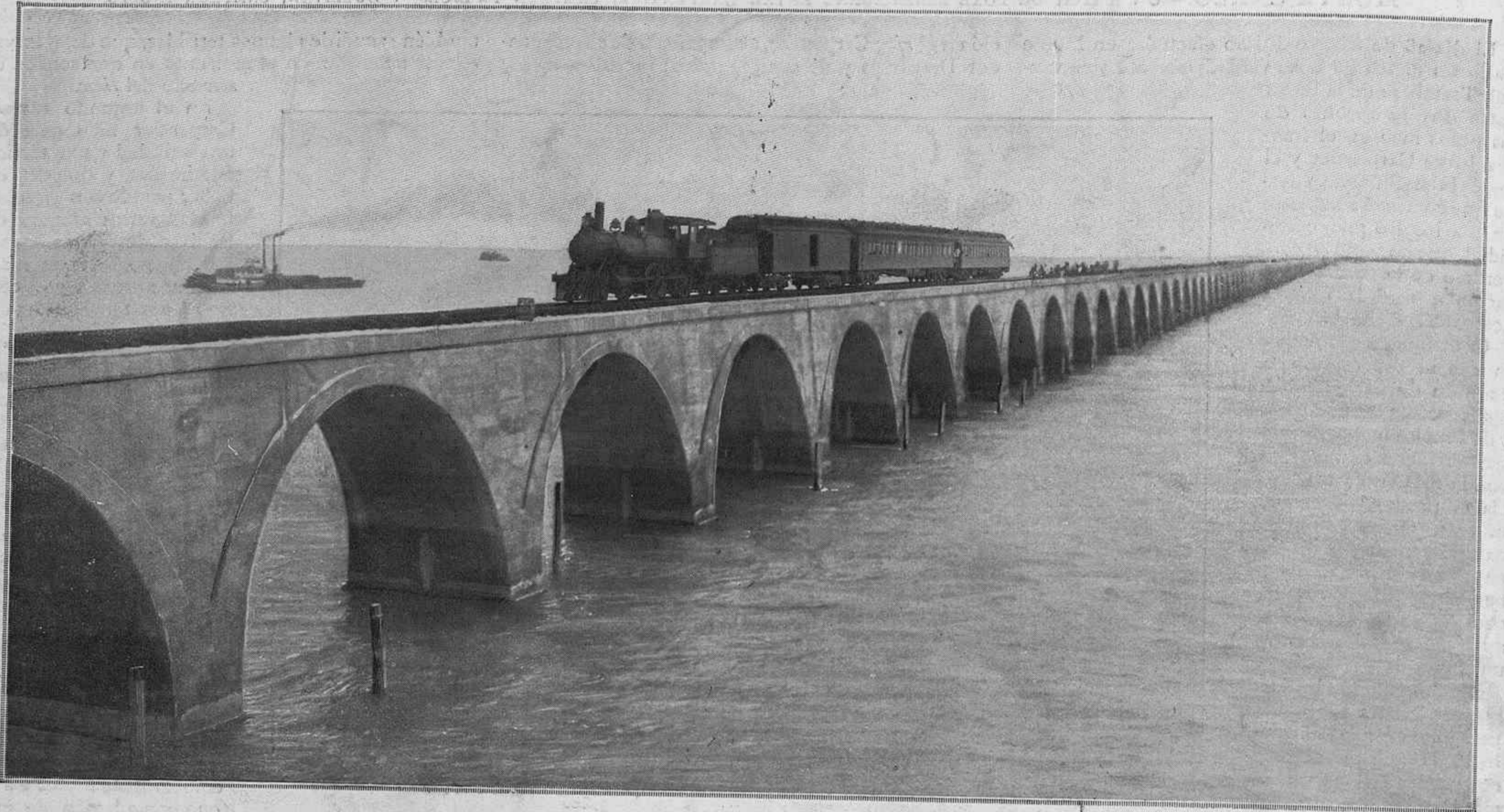
presentóse a su vez Sullivan, mientras la música tocaba el himno inglés.

Puestos frente a frente los dos adversarios y dada la señal de combate, Sullivan comenzó a atacar duramente; Carpentier, al principio, atacaba débilmente y se mantenía casi en la defensiva. Pero de pronto el francés emprendió una resuelta ofensiva y logró no sólo resistir los golpes rudos del inglés, sino



Final del match. Sullivan es vencido después del segundo «round» y Carpentier proclamado campeón de Europa de los pesos medios (De fotografías de M. Rol.)

## ESTADOS UNIDOS.—UN FERROCARRIL EN MEDIO DEL MAR



Vista de un trozo del viaducto de 9 500 metros, en plena mar, entre Long Key y el islote más cercano

El presidente de la República de los Estados Unidos Mr. Taft presidió a fines de enero último la inauguración de una línea férrea verdaderamente extraordinaria. Los norteamericanos, a fin de acelerar las comunicaciones entre los Estados Unidos y la isla de Cuba, han prolongado en plena mar, en una extensión de 188 kilómetros mar adentro, el ferrocarril que sigue la costa Este de la Florida, utilizando para esto la serie de arrecifes de corales que surgen en el canal de la Florida, separados por numerosos brazos de mar que ha sido preciso salvar por medio de viaductos construidos en pleno Océano y algunos de los cuales tienen muchos kilómetros de longitud.

La construcción de esta vía en la costa baja y pantanosa de la punta extrema de la Florida, entre Miami y Water's Edge, había ofrecido grandes dificultades, pero a partir de este último punto, la empresa llegó a ser casi fantástica. Desde aquel lugar de la costa hasta Knights Key, la línea mide 108 kilómetros, la mitad de los cuales son terraplenes y viaductos; el más largo de éstos tiene 9 500 metros y recorriéndolo se pierde de vista la tierra. El conjunto de la línea comprende, en total, unos 50 kilómetros de viaductos en medio del mar.

En las inmediaciones de aquellos arrecifes, el Océano es poco profundo; ha bastado excavar la arena a unos ocho metros para fundar las pilas. Los rieles están a 10'30 metros sobre el nivel de las altas mareas, lo que se ha considerado suficiente para poner los trenes al abrigo de los embates de los más fuertes oleajes.

Esta obra gigantesca se ha realizado en condiciones de prodigiosa rapidez. En los cien primeros kilómetros han estado ocupados, durante dos años, 3 000 obreros, acampados unos en los arrecifes y otros en pontones. Todos los materiales, el agua, los víveres, etc., eran

conducidos desde una distancia de más de 100 kilómetros por una flotilla compuesta de nueve vapores de ruedas, de tres remolcadores de hélice y de un centenar de chalanas.

El coste total de la obra excederá de 100 millones de francos, que han sido facilitados íntegramente por Mr. Flagler, uno de los potentados de la *Standard Oil Company*, que tenía setenta y cinco años cuando concibió esta empresa y que hoy cuenta ochenta y cinco.

Key West (*Llave del Oeste*), en donde termina la nueva línea, es el puerto meridional extremo de los Estados Unidos, el más próximo al canal de Panamá. Unido de este modo al continente, queda separado de la Habana por un brazo de mar de 60 millas.

Antes, las relaciones entre la Habana y los Estados Unidos se efectuaban por el puerto de Miami; en adelante, con la construcción de esta nueva línea férrea, la duración del trayecto entre Nueva York y la capital de la isla de Cuba quedará acortada en un día aproximadamente.

Este nuevo ferrocarril, que tendrá indudablemente gran trascendencia política y económica, será, desde el punto de vista pintoresco, único en su género y uno de los más curiosos del mundo. Un viaje a toda velocidad en medio de las olas, ofrecerá aspectos infinitamente variados: días de sol en los que se verá, con unos minutos de intervalo, suceder a las lujuriosas plantaciones de los trópicos, los caprichos salvajes de los arrecifes de coral y la inmensidad del Océano; noches tranquilas, en que el viajero se sentirá conducido en medio de las olas entre el centelleo de las estrellas y el de las innumerables boyas luminosas que flotan en apellidos parajes; días y noches de grandísima emoción, en los que el tren correrá sobre el mar tempestuoso. — F. H.

## LA SAGRADA BIBLIA

Traducida de la vulgata latina al español, por D. FÉLIX TORRES AMAT, dignidad de Sagrista de la Santa Iglesia Catedral de Barcelona, Obispo de Astorga, etc., etc. — Nueva edición acompañada del texto latino é ilustrada con 230 grandes composiciones dibujadas por Gustavo Doré, y profusamente ilustrada con viñetas intercaladas en el texto, corregida por el Rdo. P. D. Ramón Boldú, con licencia de la autoridad eclesiástica. — Cuatro tomos gran folio, 110 pesetas pagadas en doce plazos mensuales.

MONTANER Y SIMÓN, EDITORES. — BARCELONA

## DICCIONARIO

de las lenguas española y francesa

por NEMESIO FERNÁNDEZ CUESTA

Cuatro tomos encuadernados: 55 pesetas

MONTANER Y SIMÓN, EDITORES

Reino de Sajonia.

## Technikum Mittweida.

Director: Profesor A. Holz.

Escuela superior técnica p. la enseñanza

de electrotécnica y construcción de máquinas.

Secciones espec. p. ingenieros y técnicos.

Laboratorios electrotécnicos y mecánicos.

Talleres para la instrucción práctica.

Mayor frecuencia anual 3610 estudiantes.

Programa etc. gratis de la secretaría.

## PENSIÓN PARA ENFERMOS DE LOS NERVIOS

especialmente para

**EPILEPTICOS, HISTÉRICOS Y NEURASTÉNICOS**

Tratamiento medicinal sin bromuro según el método probado del Dr. Rosenberg. Dieta según la prescripción del Dr. Rosenberg.

Sobre la base de las experiencias precedentes se puede contar con muy buenos éxitos.

Hermana de caridad Else Moeller. SEÑORA KNOP

Berlin.—Charlottenburg, Uhlandstr. 185/186.

PÍDASE

PROSPECTO J. A.

# LEITZ

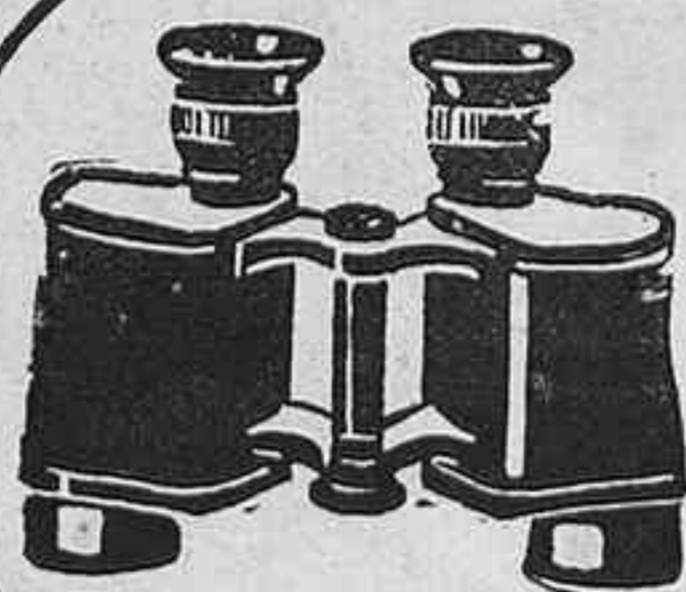
## GEMELOS PRISMÁTICOS

PARA

EJÉRCITO Y MARINA,  
VIAJE Y SPORT,  
TEATRO Y CAZA.

SE VENDEN DIRECTAMENTE POR

E. Leitz TALLERES DE ÓPTICA  
Wetzlar (Alemania)



# PATE ÉPILATOIRE DUSSEY

destruye hasta las RAICES el VELLO del rostro de las damas (Barba, Bigote, etc.), sin ningún peligro para el cutis. 50 Años de Éxito, y millares de testimonios garantizan la eficacia de esta preparación. (Se vende en cajas, para la barba, y en 1/2 cajas para el bigote ligero). Para los brazos, empleese el **PILIVORE, DUSSEY, 1, rue J.-J. Rousseau, Paris.**

Quedan reservados los derechos de propiedad artística y literaria

IMP. DE MONTANER Y SIMÓN